



Diez dibujos y un poema

Toño Malpica

Ilustraciones de
Natalia Gurovich



loqueleg®





Diez dibujos y un poema

D. R. © del texto: Antonio Malpica, 2024

D. R. © de la cubierta e interiores: Natalia Gurovich
Primera edición: 2024

D. R. © Santillana Educación México, S. A. de C. V., 2024
Av. Río Mixcoac 274, piso 4, Col. Acacias
03240, México, Ciudad de México

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-607-585-019-1

Impreso en México

Reservados todos los derechos conforme a la ley. El contenido y los diseños íntegros de este libro se encuentran protegidos por las Leyes de Propiedad Intelectual. La adquisición de esta obra autoriza únicamente su uso de forma particular y con carácter doméstico. Queda prohibida su reproducción, transformación, distribución y/o transmisión, ya sea de forma total o parcial, a través de cualquier forma y/o cualquier medio conocido o por conocer, con fines distintos al autorizado.

www.loqueleo.com/mx



Diez dibujos y un poema



Toño Malpica

Ilustraciones de
Natalia Gurovich

loqueleg®



*Para los Arias García: Marcela, Javier y Luna,
nuestra tabla salvavidas durante 2020
(y buena parte de nuestra vida)
T.M.*

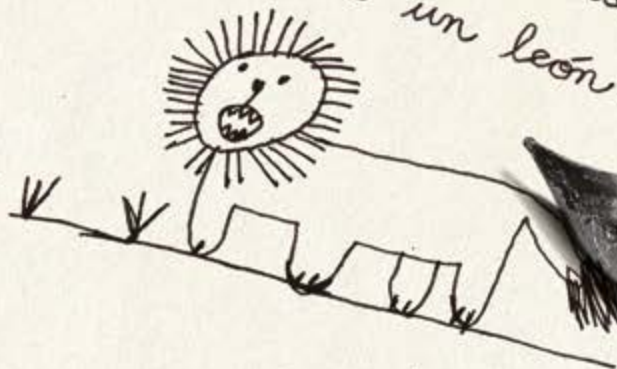
*Para Ana Eulalia Rivera Carbó
N.G.*







Mi primer reporte, Conejo. Estoy
en un lugar con muchas vacas.
Mira. Te pinto un león.

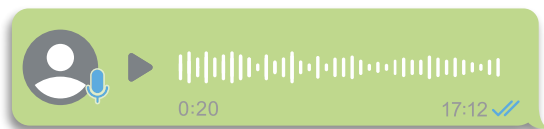


Hola, Amanda. ¿Qué haces? ¿Te aburres tanto como yo? Nadie se aburre tanto como yo, eso te lo aseguro. Desde que nos dijeron que ya no iba a haber escuela en la escuela, me aburro tanto que creo que se me van a salir los ojos. Ya, ya sé que al principio parecía buena idea. No salir a ningún lado. Despertarse tarde. Estar toooooodo el día viendo la tele o jugando videojuegos. Ja. Sí. Claro. Si me dejaran. ¿A ti te dejan? ¿O también tienes una mamá que cree que si no haces cosas “de provecho”, como ella las llama, terminarás convirtiéndote en una plasta de treinta kilos incapaz de moverte e incapaz de hablar? A mí me duró el gusto como tres días la semana que nos avisaron que cerraban la escuela. Era como un sueño hecho realidad, ¿a poco no? No me vas a decir que no has deseado en la cena de Año Nuevo, cuando te comes las uvas, que explote la escuela, ¿eh? Pues yo creí, cuando pasó esto, que todos los niños del mundo habían deseado con todas sus fuerzas lo mismo y por eso

había pasado. No que explotara la escuela, claro, pero sí “no ir a la escuela nunca más”. Me puedo imaginar a todos los niños del mundo deseando lo mismo por doce uvas: “Que cierren la escuela para siempre”. Y claro. Una fuerza así consigue algo a fuerzas, ¿no te parece? Pero ya ves que nos pasó como maldición china. ¿Has oído eso de la maldición china? “Ten cuidado con lo que desees porque se te puede cumplir.” Bueno. Pues algo así. Terminamos extrañando la escuela. ¡Qué loco! ¿Verdad? ¿Tú no extrañas la escuela? Los recreos al menos yo sí. Y la clase de computación. Y un poco la de deportes. No mucho porque nunca me escogen con los primeros cuando hacen equipos. Pero qué te cuento si a ti tampoco. Ja, ja, ja, ja. Siempre nos escogen hasta el último. Bueno. Nada más quería saludarte porque mi mamá me puso a hacerlo. No es que no quisiera saludarte por mi propia voluntad, pero es que me hizo dos encargos porque la hice enojar mucho. Y pues ni modo. Éste es uno. El otro te lo cuento luego. Cuídate. Bye.



Querido Vicente: Te mando la primera grabación. Así te las iré mandando todas. Poquito a poquito. En verdad, gracias.



Llevábamos sólo dos días en casa de mis abuelos cuando llegó Paqui. Yo tenía un poco de miedo y estaba muy nerviosa. Después de todo, habíamos salido de Barcelona por culpa de las bombas. Y mi papá no dejaba de tronarse los dedos. Y mi mamá, lo mismo. Y que de repente te paren a las once de la noche pues te pone nerviosa. Y luego para presentarte a la que será tu nueva hermana. Como que no es lo más cuerdo del mundo. Y me paré con miedo. Apenas teníamos dos días en ese lugar lleno de vacas, como Paqui lo nombró en su primer dibujo.

—Montse, Juanjo, ella es Paquita. Quiero que piensen en ella como su nueva hermana —dijo mi mamá en castellano.

Era una niña rara, bajita, pecosa, de ojos color miel y cabello pajizo mal agarrado con dos lazos. Llevaba un suetercito verde de lana y un vestido largo de flores y unos zapatos de niño. Y un libro. Y una libreta. Y una bolsita al hombro. Y ya.



—¿Por qué? ¿La vamos a adoptar o qué? —pregunté yo, un poco molesta.

—Algo así.

—¿Se murieron tus papás en la guerra, Paquita? —le pregunté.

—¡Montse! —reaccionó mi papá ante mi falta de tacto, sin saber qué más agregar.

Paquita negó sin decir nada. Miraba en derredor abrazando su libro y su libreta. Estábamos en ese pedacito entre las escaleras y la sala. Juanjo y yo en pijama.

—Si no se murieron sus papás, ¿entonces por qué la vamos a adoptar? —pregunté en catalán.

—A ver... —dijo mi papá, que aún tenía puesta la gubardina porque había llovido cuando fue por Paqui a quién sabe dónde—. Su mamá nos la encargó porque ahora no la puede cuidar. Pero quiero que piensen en ella como si fuera su hermana. ¿Está claro?

Juanjo se metió el pulgar en la boca y comenzó a chuparlo.

—Y nosotros vamos a hablar en castellano todo lo que podamos.

Juanjo hizo ruiditos al chuparse el dedo.

—Pues no esperes mucho, nena —le dije—. No somos ricos como para adoptar a una niña. Ni siquiera si no come mucho. ¿Tú comes mucho?

—¡Montse! —ahora fue mi mamá quien me llamó la atención.

Paqui no dijo nada todavía. Se veía que también estaba asustada pero se hacía la fuerte.

—Bueno, ya es tarde. Suban a la cama. Paqui duerme contigo, ¿eh, Montse?

—Mmmgghg...

—Préstale un camisón.

—Mmmgghg...

Subimos las escaleras hacia el cuarto que ocupábamos Juanjo y yo. Paqui hizo sonar sus pasos sobre la madera como si no le importara que los abuelos estuvieran dormidos. Bueno, en realidad le importaba un cuerno que los abuelos estuvieran dormidos.

—¿Cuántos años tienes, criatura? —me preguntó cuando ya estábamos arriba.

—Ocho.

—Y yo igual.

—No me digas “criatura”.

Yo era un poquito más alta que ella. Y más gordita. Y aun así ya ves cómo me decía.

Miró en derredor a la oscuridad. Juanjo se echó en su cama y se quedó dormido al tercer segundo. Mis papás dormían en la salita de la planta baja porque era una casa pequeña, la de mis abuelos.

—Yo prefiero la orilla de la cama. Ahí en el cajón hay un camisón. Póntelo.

—¿Tienes una vela, criatura? Necesito escribir algo.

—¿Estás loca? ¿A esta hora?

—¿Tienes una vela? ¿Y una cerilla?

—No. Acuéstate.

—Tú acuéstate.

—No, porque quiero la orilla.



—Puedo dormir con el nene.

—El nene patear. Y se te sube a la cara. Acuéstate.

—En un momento. No me tardo.

No llevaba nada de equipaje. Arrimó una silla a la ventana para alumbrarse con la luz de la luna y sacó una pluma estilográfica de su bolsita que consiguió que se me hicieran charamusca las tripas de pura envidia. Y en una hoja de su libreta escribió algo, pintó un león y arrancó la hoja para depositarla sobre el buró.

—Listo.

—¿Eso era tan urgente?

—Sí. Oye, si tocas esa hoja, eres cadáver. ¿Estamos?

—Yo ni para qué quiero tocar tu tonto dibujo.

—¿Dices que prefieres la orilla? —soltó mientras se desnudaba hasta quedar en calzones.

—Sí.

—Pues yo también. ¿Lo jugamos a las vencidas?

No me imaginé jugando vencidas con una niña madrileña en calzones que no tenía ni media hora de haber conocido.

—No, pero es mi cama y duermo donde yo quiera. Acepta o duermes en el suelo o con el nene.

Le mostré la lengua y ella, por respuesta, también. Luego, jaló los lazos de su cabello, que en un tris le quedó completamente suelto.

—Está bien —dijo—. Pero mañana lo jugamos a las vencidas.

Y se metió a la cama así, en calzones. Me dio la espalda y se quedó dormida. Creo que al tercer segundo, igual

que Juanjo. Yo pensé que eso era lo más horrible que me podía pasar en la vida. Primero que nos sacaran de nuestra vida en Barcelona para irnos a vivir con mis abuelos, donde sólo había campo y más campo y más campo. Y luego, que me pusieran de hermana a una flacucha insolente.

Cuando desperté al otro día, me puse a ver el libro de Paquita. Era una edición muy bonita de *El sacerdote de Phtah* de la editorial Saturnino Calleja. Se despertó y me sorprendió viendo su libro.

—No toqué la hoja —me adelanté a su reclamo—. Pero del libro no dijiste nada.

—Está bien. Pero no lo maltrates.

—¿Ya lo leíste? ¿Está bueno?

—No me gusta leer.

Se puso de pie y, como Juanjo ya no estaba en la habitación, hizo pis en el bacín que teníamos debajo de la cama como si fuera lo más normal del mundo. Se agarró el pelo con fuerza de un lado y se hizo una colita con uno de los lazos. Luego, repitió la operación del otro lado. Se metió en el vestido que traía, en sus calceñas y en sus zapatos.

—¿Qué quiere decir esa hoja donde dibujaste un león? ¿Quién es Conejo?

—Es algo secreto, criatura.

—¿Y por qué va a ser algo secreto?

—Porque no sé si seas una espía. Hoy en día los hay en todos lados.

—¿Y cómo sé yo que tú no eres la espía?



—Buen punto. ¿A qué horas desayunan aquí?

Se instaló entre nosotros como si no tuviera ningún problema en la vida. Haberse quedado sin casa, por ejemplo. O sin papás. Porque yo no me tragaba eso de que no la pudieran cuidar. Seguro estaban más muertos que el que inventó la rueda. Entonces, se me ocurrió preguntarle a mamá, en catalán, cuando bajé a ayudarla en la cocina.

—¿Es por la María Rosa?

La María Rosa fue una niña que tuvieron mis papás antes que yo y que Juanjo, y que murió de garrotillo antes de que llegáramos nosotros.

—¿Qué tiene que ver María Rosa en esto?

—Pensé que a lo mejor adoptas una niña porque siempre quisiste tener dos niñas.

Me abrazó. Me dio un beso. Me dijo que lo más probable era que la mamá de Paqui se la llevara antes de que nos acostumbráramos a ella, porque Paqui no tenía papá pero mamá sí. Así que yo aproveché para preguntarle si no estaría muerta la señora y más bien se lo estaban callando para no herir a la niña, pero me aseguró que no, aunque a mí todavía me daba que ya era huérfana y ni se enteraba.

El desayuno fue muy pobre porque mis abuelos eran pobres y nosotros, al irnos a vivir con ellos, también. Mi papá no estaba trabajando y todo era muy confuso. Fue ése el momento en que él habló con todos. A la mesa estábamos el abuelo, la abuela, mis papás, Juanjo, Paqui y yo. Paqui, como ya dije, estaba entre nosotros como si

nada. Hablaba con mi abuela a pesar de no saber nada de catalán y mi abuela nada de castellano.

—Mamá y yo decidimos que vamos a intentar irnos a América —dijo papá de repente.

Nos tomó por sorpresa. Una cosa era irnos a vivir con los abuelos y otra, irnos al otro lado del mundo.

—¡Brrrrrrmmrrmmm! —dijo Juanjo, que jugaba con un carrito de madera en la mesa.

No lo he mencionado, pero Juanjo sólo hacía ruidos de coche. No decía “mamá” ni “papá” ni “caca” ni nada. Sólo hacía ruidos de coche.

—¿Por qué? —pregunté yo, haciéndome la preocupada, pero la verdad es que sentí un golpe de entusiasmo porque parecía toda una aventura.

—Aquí en España las cosas se están poniendo feas y se van a poner peor en Europa.

—¿Cuándo? ¿Cuándo nos vamos? —pregunté.

—Aún no lo sé —dijo papá.

En mi cabeza empezó a tomar forma la aventura. ¿Iríamos en avión? ¿En globo? ¿En barco? ¿En submarino? Cuando dejamos Barcelona, yo pensaba que sería temporal, unos días en casa de los abuelos y ya, como cuando íbamos de vacaciones. Pero no. Por lo visto, todo formaba parte de un plan superemocionante. Por eso nos habían pedido que empacáramos casi todos nuestros juguetes. Me fui directito a escribirlo en mi diario.

—¿Qué haces? —me preguntó Paqui al encontrarme tirada de panza en el suelo, casi encima de mi libreta.



—Escribo.

—¿Puedo ver?

—Claro que no.

—¿Por qué?

—Porque es íntimo.

—¿Es un diario, criatura?

—Pues sí.

—Ni que me interesara.

—Pues mejor. Y no me digas “criatura”.

Se puso a revisar sus cosas. Descubrí que en su bolsita llevaba, además de la estilográfica, una brújula, una navaja, un cráneo de ratón, un poco de dinero y una foto de ella con su mamá. Lo sé porque lo sacó todo ahí enfrente de mí, en el suelo. Me pareció que estaba presumiendo, así que decidí salir a corretear con los perros.

—¿A dónde vas, criatura?

—A jugar.

—Bueno, vamos.

Debo de haberle hecho algún gesto, porque me dijo:

—Y te presto mi brújula.

—A verla...

Yo nunca había tenido una brújula en mis manos. Era cierto que la aguja siempre apuntaba al norte.

—Hecho. ¿Por qué no guardas esa hoja de tu dibujo? Se va a volar con el viento o algo así y le vas a echar la culpa al nene y, si le tocas un pelo al nene, tendrás que vértelas conmigo.

—No puedo guardarla. Tiene que quedarse ahí.

—¿Por qué?

—Si supiera que puedo confiar en ti, te lo diría.

—Ni que me interesara.

—Mejor.

Recuerdo mucho la conversación de aquel día. Luego de jugar con los perros, la llevé al corral y le mostré a la Valentina con mucho orgullo.

—Ésa de allá es mía. Es mi vaca. Me la regalaron mis abuelos. Se llama Valentina.

—¿Ah, sí? Pues esas tres de allá son mías.

—Estás loca demente. No es cierto.

—Ya lo pensé mejor y he decidido que todas las vacas son mías. Excepto la Valentina, que te la dejo a ti.

—¿Qué tonterías dices?

—Ninguna tontería. Son mías esas vacas.

—Puras tonterías dices. Son de mis abuelos.

—Que no, que son mías.

—¡Que no, que de mis abuelos!

—Te lo voy a demostrar. El día que nos vayamos a América, te llevas tu vaca contigo, ¿a que sí?

—Estás loca. ¿Cómo quieres que me la lleve?

—Pues lo mismo. Si tú no puedes llevarte tu vaca, que es tuya, pues es como si no lo fuera. Por eso digo que esas vacas, que no son mías, es como si lo fueran, porque igual que tú no me las puedo llevar ni comérmelas ni hacerlas zapatos ni nada.

Le regresé su brújula. Me fui a la casa refunfuñando y no le hablé en el resto del día.

—Tienes que ser más amable con Paqui —me reprendió mi mamá porque se dio cuenta.



—Mfmghfh...

Y a la noche, claro, ella quiso jugar a las vencidas el sitio de la cama. Pensé que era muy posible que yo perdiera. Y me iba a dar mucho coraje. Por eso preferí renunciar.

—Está bien. Te dejo la orilla, pero mañana me vuelve a tocar.

—Un día y un día. El mejor trato, criatura —y me apretó un cachete.

Nos fuimos a dormir, pero antes ella se encargó de que la hoja con el dibujo quedara perfectamente a la vista de todos, aunque claro que antes de eso ya había amenazado a Juanjo, otra vez, que si la tocaba era cadáver, a lo que mi hermano respondió con un puchero y un manazo.

Por la mañana ya no estaba el dibujo. En su lugar estaba otra hoja de papel, con unas secuencias de números muy raras. Paquita se entusiasmó mucho. Nos habíamos despertado al mismo tiempo. O, más bien, ella me despertó al pararse como si tuviera un resorte en el trasero.

—¡Perfecto! —dijo.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—La respuesta de Conejo.

—¿Quién es Conejo? ¿Vino en la noche o qué?

—Mira, criatura, si estuviera completamente segura de que no eres una espía enemiga, te lo diría. Pero pues aún no pasas la prueba.

—Ni que me interesara.

—Mejor.

—Soy una niña de ocho años. Igual que tú, Pacota, por si no lo habías notado.

Había tomado la decisión de decirle así cuando me dijera “criatura”, que era siempre.

—Espías hay en todos lados. Es lo malo con ellos —fue lo que me contestó.

Me bajé a ayudar en la cocina toda enfurruñada. Pero sí le pregunté a mi mamá si sabía algo de ese Conejo. Y a mi papá.

—Pregúntale a ella —me dijo él mientras ponía el café.

—Obvio ya se lo pregunté, pero es una pesada y no me dijo.

—Ya te lo dirá.

Daba igual. Aunque me intrigaba si ese tal Conejo era como el Ratón Pérez o como los Reyes Magos, tampoco era como para morirse de la duda.

—¿Cuándo vienen por ella?

—No sabemos. Lo más probable es que nos vayamos a América juntos. Por eso les pedí que la vieran como su hermana. Porque, para los efectos, así será.

—Ayer me dijiste que lo más probable era que se la llevaran pronto.

—Ayúdame a poner la mesa.

Lo cierto es que Paqui se quedó. Se quedó todo el mes que estuvimos ahí con los abuelos porque nunca fue nadie por ella. A la hoja llena de números con la respuesta de Conejo le escribí algo en la parte de abajo y comprendí que era el mensaje descifrado. Ese día bajó muy ufana a desayunar y puso la hoja al lado de su plato



para que todos la viéramos, junto con su brújula y su navaja. El mensaje decía

*"eres una niña valiente te quiero
a donde vayas nunca lo olvidaré"*

Yo me mordí los cachetes por dentro para no preguntarle nada. Porque sí me dio algo de envidia. A lo mejor Conejo era una especie de duende que mandaba mensajes secretos a los niños que se portaban bien en el año y yo había peleado todo el año con Juanjo por bobadas.

Para mi fortuna, la hoja la guardó doblada en su libreta y ya no la volvió a mencionar en todo el mes que estuvimos ahí con los abuelos. Nuestro principal entretenimiento era jugar con los tres perros de la casa, pelearnos entre nosotras, ordeñar las vacas, preguntar a mis papás cuándo salíamos para América, pelearnos entre nosotras, jugar parchís con los abuelos, dibujar a veces, jugar pelota a veces, hacer calceta a veces y pelearnos entre nosotras siempre.

Era el año de 1938. Y el futuro era vasto. Como el mundo.